

## SANCTI AUGUSTINI SERMONES CUATRO AHORA PRIMERO EDITADOS POR EL ILUSTRÍSIMO CARDENAL MAIO.

En los siguientes sermones ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Hace mucho tiempo que comencé a recopilar sermones inéditos de los antiguos padres de la Iglesia, tanto latinos como griegos, escritos también en lenguas siríaca y árabe, pero a menudo provenientes de fuentes griegas. Así, tanto en mi colección de Escritores antiguos, como en los Autores clásicos, e incluso en este Espicilegio, he publicado algunos según la ocasión y casi como un gusto; como también ahora me place colocar al final de este volumen cuatro sermones del gran Agustín, que extraje de antiguos manuscritos, no de un solo ejemplar sino de varios repetidos, hace cinco años; y que aún considero inéditos, después de los nobles trabajos de los maurinos, y después de los añadidos publicados en Viena, Florencia, Montecasino, Roma y París, que he conocido y examinado.

El primero, sobre Pedro caminando sobre el mar por orden del Señor, tiene testimonio de Possidio, quien vivió casi cuarenta años con el divino Agustín y compuso su vida e índice de escritos. Pues bien, entre los sermones del divino menciona este con el siguiente título: Sobre la lectura evangélica, donde por orden del Señor Pedro caminó sobre el mar. Con estas palabras de Possidio, y también confiando en la autoridad de un códice antiquísimo, no dudo en absoluto que este sermón sea genuino de Agustín.

Que Agustín predicó sobre la utilidad del ayuno lo testifica Possidio; lo cual es seguro que lo hizo muchas veces, en años recurrentes. De estos sermones uno se encuentra en la edición maurina T. VI, p. 613. Este otro nuestro debe ser considerado, que colocamos en segundo lugar, encontrado en seis códices antiguos, cuyo título es Cuánto vale el ayuno.

El tercero, Sobre las bodas en Caná de Galilea, se ha conservado en un códice antiquísimo, cuya primera página, ya hace tiempo desgastada y desvanecida, restauré tanto como pude con ayudas químicas, y con mucho trabajo y paciencia leí; no obstante, no sin algunas lagunas que apenas creo que puedan llenarse algún día. Comparé este sermón con los tratados octavo y noveno de Agustín sobre Juan, donde se desarrolla el mismo argumento; pero en verdad este nuestro es totalmente diferente. Asimismo, Beda en su comentario a la primera Epístola de Pablo a Timoteo, cap. IV, que sabemos compuso a partir de las obras de Agustín, no tuvo en cuenta nuestro sermón, sino aquellos sobre Juan. Sin embargo, quien conozca un poco el estilo del beato Agustín, especialmente en los sermones, sin duda colocará este tratado que tenemos en manos entre los sinceros. Además, ¿quién no reconoce que lo que se dice al principio contra los maniqueos procede de la boca de Agustín?

Finalmente, el cuarto sermón, titulado Sobre la misa cotidiana, también lleva el nombre de Agustín en un ejemplar antiquísimo; y parece haber sido dicho cuando aún los paganos y judíos se mezclaban entre los cristianos. Ni el tema, ni la época, ni el estilo, si no me equivoco, impiden que creamos que es obra del autor que el sermón lleva en el título. Pues tampoco es seguro que Possidio incluyera todos los tratados de Agustín en su índice. Sin embargo, que nadie se asombre de algunas lagunas, lecturas oscuras o dudosas, especialmente en este y en el sermón anterior: no tuve la oportunidad de consultar el códice original mientras preparaba la edición; lo cual espero remediar en el futuro.

Esto es todo por el momento; más adelante expondré este asunto y otros con más amplitud, y también agradeceré a aquellos que me han ayudado o ayudarán con su favor en estos trabajos e investigaciones.

SERMON PRIMERO. Sobre el evangelio donde el bienaventurado Pedro soportó la tempestad en el mar en la nave. Mateo XIV, 22 y siguientes.

La golondrina, cuando prepara a sus polluelos para el arte de volar, los deja un poco en el aire, pero ella misma está cerca, no sea que caigan por el miedo, aún débiles para volar. Así también nuestro salvador Jesucristo envió a sus discípulos, como tiernos polluelos, desde los nidos de la tranquilidad a las olas del mar para ser probados. Pero cuando las alas de su devoción comenzaron a ser perturbadas por la tormenta marina, y la tempestad ventosa a dispersarse, él mismo es poderoso para seguir en la nave quien manda al viento. Se hizo para sí una monópoda poderosísima, un carro singular, componiendo un camino admirable con sus huellas, no adornado con mármoles sino pintado con olas, no con piedras sino con plantas. No se aleja mucho quien piadosamente ha enviado. Caminaban solos y no solos, para ser tentados, probados, visitados. Encuentra la ocasión como un ladrón sutil que rompe, quien excita la tempestad, quien no ama la tranquilidad; y como si el maestro estuviera ausente, tienta a los discípulos, infla los vientos, excita el mar, y no ve al gobernador que sigue. Se hace un naufragio sin causa con el señor ausente, pero la nave se mantiene por la piedad. Mientras tanto, extienden las manos, derraman lágrimas, bajan las velas, chirrían las cuerdas y los cables, para que Pedro sea liberado y el diablo atado. ¿Dónde claman, diciendo, Señor, eres nuestro salvador? Nos has enviado, y nos has dejado. He aquí el naufragador, ¿dónde estás tú, poderosísimo gobernador? He aquí la tempestad, ¿dónde está la piedad? He aquí el mar ruge, ¿dónde estás tú, cordero de Dios que quitaste los pecados del mundo?

Inmediatamente viene el Señor, sonriendo con piedad a los tiernos polluelos. Disipados los vientos que perturbaban, viene poderosamente, llama clementemente, también refuerza sabiamente a los suyos. Ven y se turban, quienes no viendo se turban. ¡Oh cosas inenarrables, hermanos míos! En todas partes hay miedo, ya sea por el peligro o por el milagro. Pero quitó el temor a aquellos que mitigó la tempestad. No temáis, dice, soy yo. Gran consuelo es para ellos la interpretación de la persona del Señor. Señor, claman: estamos seguros si eres tú: no tememos si eres tú. Y Pedro dice: Puedo hacer lo que haces, si eres tú; pero pruébame verdaderamente si eres tú; y mándame venir sobre las aguas, si eres tú. Señor, te dije: sin ti no me atreví; si mandas, dije; pero si ayudas, lo que dije. Si no ayudas, no mandes; pero si ayudas, digna de mandar, y mándame venir a ti sobre las aguas. Y el Señor en respuesta: Ven a mí, si confías en mí. El Señor alegre y con rostro jovial favoreciendo, esperando a su pescador, su confesor, su presuntuoso, su guía, su gran compañero, y su primer carbunco, piedra preciosa, no esperando lejos sino cerca por la piedad.

Así que el mar se escapa de Pedro tembloroso. El mar sintió que la fe en Pedro flaqueaba, y comenzó a ladrar con una lengua de olas mayor. Se deshace lo que estaba firme, porque el fundamento de la fe se ha disuelto. Como cera derretida por el calor del sol, así comenzó a aflojarse la ola suavizada. Pedro sintió que la roca del mar vacilaba ya débil fluyendo: y con los pies hundidos y los miembros palpitantes, con las palmas extendidas, exclama y dice: Ayúdame, Señor, y ten misericordia de mí. Siempre tengo miedo sin ti, y en la barca y sobre la ola me atreví a venir a ti. ¿Por qué seré apartado de ti? Ayúdame, devuélveme a la nave, sube conmigo, iré contigo. Aquel Señor de las virtudes con nosotros, nuestro defensor Dios de Jacob, levantó a Pedro, lo fortaleció, lo hizo caminar sin miedo, restauró a los discípulos temblorosos, calmó la tormenta, gobernó la nave. Que tranquilice a su esposa, nuestra madre, la Iglesia; y en medio de esta tempestad tengamos siempre a aquel como gobernador, a quien Pedro tuvo como defensor. Amén.

SERMON II. Cuánto vale el ayuno.

Moisés ayunó cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, para merecer recibir la ley del Señor. Los ayunos obtuvieron lo que el vientre saciado desesperaba. En fin, ved, hermanos carísimos, qué diferencia hay entre el ayuno y la saciedad, entre el vientre vacío y el pulmón agitado por los banquetes. Moisés, porque ayunó, vio al Señor; y el pueblo porque comió y bebió, fabricó ídolos. ¿Qué hablo de Moisés, y de la multitud israelita? El mismo príncipe de nuestro linaje, Adán, mientras no comió, estuvo en el paraíso: en cuanto comió, fue expulsado del paraíso. Quien en el paraíso de Dios, era virgen, expulsado del paraíso conoció a su esposa: siempre la lascivia está unida a la saciedad: los miembros de la gordura y de la lujuria están cercanos; según el orden de los miembros, se elige el orden de los vicios.

El santo Elías, a quien los elementos servían, quien cerró el cielo por tres años y seis meses, a cuya voz descendió el fuego celestial, cuando Jezabel quiso matarlo, y cansado yacía bajo un árbol sombrío en el desierto, un ángel fue enviado a él, y le ordenó que tomara un poco de pan y agua; pues iba a emprender un ayuno de cuarenta días por el desierto hasta el monte Sinaí. ¿Acaso el Señor omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, cuya es toda la creación, no podía enviarle miel o vino a través del ángel, o alimentos condimentados, o delicias marinas, o manjares de aves? Pero sabía que su profeta no podría vencer las tentaciones del diablo de otra manera, sino siendo instruido en ayunos.

Nos expulsó, hermanos carísimos, del paraíso el alimento, que nos devuelva el hambre. Daniel, aquel consciente de los futuros, y clarísimo predicador de la venida del Señor y de la destrucción de Jerusalén, fue llamado varón de deseos porque no comió pan de deseo, ni bebió bebida de concupiscencia; pues deseaba más a Cristo que a los banquetes. Juan, el precursor del Señor, fue alimentado en el desierto con langostas, no con carnes de animales y manjares de aves. Podía ciertamente junto a las corrientes del Jordán procurarse delicias de peces; pero al predicar la penitencia, debía enseñar más con su ejemplo de rigor y ayuno que con su voz. Cuando en el Evangelio un endemoniado fue presentado al Señor, a quien los apóstoles no pudieron purificar, al preguntar escuchan: Este tipo no se expulsa sino con oraciones y ayunos.

Ved, hermanos, cuán grande es la virtud de los ayunos, que los ayunos pueden hacer lo que los apóstoles no pudieron. Dejemos lo antiguo; cada uno considere y pondere cuánta es la diferencia de orar entre el vientre vacío y el lleno, entre el rostro rubicundo y los labios pálidos, entre la saliva virgen y los labios disueltos por la glotonería, entre el sentido oprimido por los banquetes y el vigilante por la delgadez del ayuno. No digo ayunos duplicados y multiplicados, no digo semanas, sino al menos pasemos cada día sin la lujuria de los alimentos. Cesen los baños, los vinos, o las delicias; no porque juzguemos que la creación de Dios debe ser condenada; sino que, habiendo vivido para nosotros todo el año, al menos en pocos días podamos vivir para Dios, con la ayuda de aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON III. Sobre el evangelio donde el Señor convirtió el agua en vino. Juan cap. II.

Las bodas, en las que Cristo fue tanto donador como comensal; donador en el origen, comensal hecho en el género, para que quien en el principio de la nueva unión concedió nacer de hombre, él mismo también se dignara nacer de una virgen. Nuestras orejas han sido golpeadas ahora por el sonido del santo Evangelio: dice, en el tercer día se celebraron bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús; y fue invitado Jesús con sus discípulos a las bodas. Si la fealdad voluptuosa y turbia de los maniqueos pregunta sobre las bodas, Dios no las hizo, dicen. Si Dios no hizo las bodas, ¿cómo fue invitado Cristo con sus discípulos a

ellas? Pero ya disipemos la nube de este oscuro misterio. Dice, en el tercer día se celebraron bodas en Caná de Galilea. Resplandeciendo sobre lo oscuro, con los pecados oscureciendo, el mundo en el día de la Trinidad, Cristo vino a las bodas. Entonces el alma que había sido ya afligida por la compañía del barro, transformada en un esposo adúltero por la fornicación del fruto deleitable, celebra las bodas de la sociedad contaminada. Escucha a Pablo temiendo nuevamente los lazos de esta mala unión: temo, dice, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestras mentes de la simplicidad y castidad que hay en Cristo Jesús nuestro Señor. Mientras el diablo y el alma se deleitaban en el instrumento de una sola mesa, invitado Jesús... cuando el vino de la lujuria se agotó. La madre de Cristo, aquella que aborreció el pacto del concubinato criminal, que permaneció virgen no solo de cuerpo sino también de mente, estaba presente invitada, por la condición del género no por la participación del crimen, por la universalidad del nacimiento no por la sociedad del pecado, que... a Cristo, no que al mundo consintiera alegre.

Esta madre de Cristo, compadecida del largo sufrimiento del mundo, que sabía que había llevado de la vid de la fe un gran racimo, comenzó a pedir vino de su propio brote. Cuando creyó al ángel, entonces sugirió por el mundo: entonces comenzó a actuar en favor del siglo, cuando no temió al mensajero. He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra. Inmediatamente, del semilla del Espíritu Santo propagada en el bosque virginal, floreció la vid primitiva, que sombreada por celestiales umbráculos, produjo un racimo oculto. La salvación colgó en el ápice de la fe, y el racimo brotó. He aquí que después del vientre de la matriz, el racimo de la prole divina animado nació. Cristo, el verdadero racimo, contenía en sí el vino de la vida... el lagar de la cruz había llegado. Dice su madre: No tienen vino. ¡Oh virgen sapientísima! Ahora mereciste engendrar la descendencia germinada, y ya el racimo... ¿exprimir? En verdad, no puede sino que el brote se oponga al brote, y (a su vid) resista. Pero quien tomó el castigo del árbol, en el árbol debe esperar el remedio; y quien en el árbol cosechó el fruto ilícito, debe esperar en la cruz, para que donde... bebió la sequedad, allí reciba la poción de la salvación. No tienen vino, dice. Espera, virgen, un poco, que el judío prepare la madera, que el clavo descienda en el racimo, y... podrá haber vino. ¿Por qué corres al lagar antes de tiempo, cuando aún no ha presionado Judas el talón atrevido sobre la uva? Pues él es Judas, el destructor de la vendimia sagrada, quien por treinta piezas de plata pactó el racimo de la prole divina con los judíos, vendió a los impíos. De quien ya había sido cantado en los salmos: Pues también el hombre de mi paz, en quien confié, que comía mi pan, amplió sobre mí su talón. Vendrá, virgen, el día cierto en que se presione tu fruto, y tu misma alma será atravesada por la espada, para que se establezca del racimo colgante que produjiste de la raíz.

No tienen vino, dice. Y Jesús: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora. No la hora del destino, sino del deseo, no de la necesidad impuesta sino de la voluntad ofrecida, no porque se viera obligado a morir, sino porque se dignó morir por el mundo. ¿Qué tengo yo contigo, mujer? ¿Has olvidado a tu madre? ¿Distingues tu poder? ¿No hay comunidad contigo y tu madre? ¿Tus ojos no debieron... majestad? ¿Te designas creador? ¿Crees... ahora hablas... creador... obra mientras... prestidigitación. Aquí Cristo exaltó sobre su madre su divinidad. No negó a su madre, ni negó haber nacido de carne, sino que sometió a su madre a su majestad. Y por eso dice: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora. En el milagro se proclama la deidad superior a la madre; en la hora, se insinúa la comunidad de la muerte. Mientras tanto, Cristo convierte las insípidas aguas en vino: el agua insípida se vertía en las tinajas, y se extraían ríos embriagados. ¿Cuál es esta conversión tan repentina? En el agua nace el vino, en la onda surge el sabor ocultamente: germina la suavidad en los vinos, y en ninguna parte fructifica la vid; no se exprime ninguna uva, y los vinos fermentan sin vid.

¡Oh grandeza de la belleza del milagro! Se insertan las fuerzas del mandato divino, y en el agua nace el fruto. Esto hizo Cristo en el agua, lo que en cierto tiempo hace en la vid. ¿Quién más casa la raíz con la lluvia? ¿Quién más a través de las ocultas fibras de las venas enlaza los sarmientos estrellados? ¿Quién engorda los racimos hinchados y como en ápices engastados, sino aquel que provoca y multiplica todo? para que lo que se ata en la semilla se difunda en el brote, y lo que yace en el grano se desarrolle en la hoja. Mientras tanto, la Iglesia, que en la mesa del siglo yacía contaminada con un hombre ajeno, es agraciada con sorbos repentinos de Cristo. Las bodas pasan a Cristo. Pues quien evitó, él mismo dotó. Cristo tomó el banquete, y la Iglesia cambió de esposo. Cristo alimentó, y el enemigo fue excluido. Mezcló la poción de su sangre, y tomó esposa. Os preparé, dice el apóstol, para presentaros como una virgen casta a un solo esposo, Cristo. He aquí aquella que antes era fecunda ahora es hermosa, antes adúltera ahora matrona, está a la derecha de Dios en vestidura dorada, rodeada de variedad, purificada por el agua, purpurada por la sangre, blanqueada por la resurrección del Señor, adornada con preciosas gemas de gracia: y como dice la Escritura, sus ojos son rojos por el vino, y sus dientes más blancos que la leche. Bebamos, pues, también nosotros su vino con su leche, si queremos embellecernos en la fe, y resplandecer en la virtud, y brillar en el ornato de la santa Iglesia.

Recibid un gran misterio distinto de uno pequeño. En algún momento, también Judea no tuvo vino en su banquete, porque no recibió el don de la sangre sagrada; y mientras se unía a la ley, no encontró en absoluto qué beber. Vino Cristo, cambió la ley por la gracia, aquella infladora, esta ayudadora. Derramó en la ley la copa de sangre, y al morir hizo un banquete. Probó el maestresala, es decir, el Señor del mundo, el agua convertida en vino, y dice: Todo hombre pone primero el buen vino, y cuando ya están embriagados, lo que es peor; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora. Y la ley también es santa, como el mandamiento santo, justo y bueno; pero la ley y los profetas profetizaron hasta Juan; y por eso, al venir el Señor, los vinos mosaicos se agotaron, y los vinos de sangre fluyeron. Aquellos recibieron un fin, estos tomaron un inicio. En definitiva, este es el comienzo de los signos que hizo Jesús, cuando alimentó a las naciones siendo sacrificado, y del vino de su sangre hizo un banquete siendo herido.

Este racimo surgido en la tierra de la promesa o en el césped de la virginidad, en algún momento el judío lo había clavado en el madero como presagio de la futura cruz, bajo el cual se inclinaba, no del cual se alimentaba. Ya el salmo había hablado de ellos: Oscurézcanse sus ojos para que no vean, y su espalda siempre se incline. Llevaban, pues, el racimo dos, uno delante y otro detrás; en medio colgaba el brote del sarmiento. El primero indicaba al pueblo judío, el segundo designaba al pueblo de los gentiles. El judío ciertamente iba delante, pero ponía la espalda contra el racimo. El gentil caminaba detrás, pero miraba el racimo con los ojos de la fe, porque creía en el que colgaba. Pusieron, dice el Señor de los judíos, sus espaldas hacia mí y no sus rostros. El primero se apartaba, el segundo se alimentaba; aquel jadeaba bajo el peso del pecado, este bebía del éter. Para el judío, pues, el racimo era posterior, para el gentil era anterior; para aquellos al final, para nosotros al principio; los seguía al suplicio, nos invitaba a la comida. Así que aquellos se secaron y marchitaron, nosotros comimos y bebimos y fuimos restaurados, por el mismo Jesucristo que vive con el Padre y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IV. De la misa cotidiana.

La congregación de vuestra bienaventuranza, hermanos queridísimos, nos llena de inmenso gozo. Pero como el pecho, atado por las cadenas del cuerpo, tiembla, no puedo expresar

cuánto deleita escuchar el esplendor de vuestro ánimo. Sin embargo, me atrevo, para que la prenda dada por Dios, resplandeciendo con la promesa de una luz espléndida, haga palpar el sentido de mi discurso. Os pido que insertéis en vuestros oídos, hermanos míos, los oficios del sacerdote, que por las entrañas de misericordia no dejará de dar a luz el inconveniente, como dice el apóstol Pablo: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros. Pero el apóstol decía esto a aquellos que, siendo de fe reciente, y aún retenidos en el corazón por los primeros brotes de una credulidad incipiente. Sin embargo, con la ayuda de Dios, porque así entre vosotros la prerrogativa de la fe envejece, para que también sea nueva, por eso mantiene la novedad, para que sea antigua: porque así está escrito: El buen vino envejece, y se bebe con suavidad. Sin embargo, no pude ocultar y por mucho tiempo lo he reprimido. No quise ver lo que lamento, no quise ver lo que me duele. Clamo porque soy pastor, no mercenario, que al ver al lobo huye, y deja a las ovejas para que perezcan. Clamo porque temo, clamo porque me duele: clamando, en efecto, me excuso, y no os pierdo. Pues si callo, ni me excuso, ni os pierdo. Porque Dios dice por medio del profeta Isaías: Clama, dice, con tu fortaleza, y no te detengas: como trompeta eleva tu voz, anuncia a mi pueblo sus pecados, y a la casa de Jacob sus iniquidades. Así, en efecto, vuestra devoción se ha enfriado, hermanos míos, que siento y temo que se cumpla en vuestra devoción lo que el Señor dijo: porque la iniquidad abunda, el amor de muchos se enfriará. Pues mientras buscáis sentaros en vuestras casas, hacéis desierta la casa de Dios.

Y escucha cómo la divina indignación a través del profeta reprende las mentes de todos. Escucha, cristiano, lo que debes temer; escucha, temeroso, lo que debes evitar: Porque su casa está desierta, por eso el cielo retendrá las lluvias, y la tierra no dará su fruto, e introduciré la espada sobre las obras de las manos de los hombres, porque Dios no es escuchado en las iglesias. ¿Quién, ante esto, hermanos míos, no temblará en sus entrañas? ¿Quién no se secará golpeado por tan grandes amenazas, cuando así escucha al Señor indignado, porque hacéis desierta su casa, y la casa de oración está vacía de la reunión religiosa? La plaza está llena de gente, y la iglesia está en silencio. Ciertamente, hombre prudente, no se te dice que acudas a la casa de Dios a toda hora. Si en las mañanas apenas es una hora, si en los días festivos apenas son dos horas, he aquí que es poco lo que tu Creador te exige. ¿Y no quieres ser bienaventurado? ¿Quieres que el cielo y la tierra, el mar, y todos los elementos te sirvan en todo momento, y no quieres dedicar una hora o dos horas a la devoción del Señor? Que, por tanto, vuestra pereza sea castigada, para que la tierra no pierda sus procreaciones. Se introducirá la espada sobre las obras de sus manos, porque Dios no es escuchado en las iglesias.

Nuestra pereza nos condena, hermanos míos. El judío corre por la mañana a la sinagoga, el pagano se apresura y vigila hacia el templo, y el cristiano no vigila ni se apresura hacia la iglesia. Es una gran vergüenza para los cristianos, que son provocados a venir a la casa de Dios por el ejemplo y la contemplación de los peores; que más si el judío en su observancia es sacrílego, que el cristiano en su religión devoto. El gentil vigila hacia los ídolos profanos, y el cristiano no vigila ni se apresura hacia la iglesia por quien Cristo fue crucificado. Por eso Dios castiga la tierra, para que el hombre reciba disciplina: para que el hombre sea corregido, la tierra dará... decir. Vosotros hacéis mi casa desierta, y yo haré desierta vuestra tierra. Vosotros al venir a mí no me dais honor, y yo interrumpiré vuestro trabajo: porque quien me honra, dice, yo también lo honraré.

Pero quizás me dirás: soy rico, y abundo en todas las facultades, no necesito nada, ¿qué puedo pedir? ¿Entonces eres rico por ti mismo? ¿O naciste con riquezas? Cuanto más rico eres, más debes acudir a aquel de quien son las riquezas: porque mío es, dice, el oro y la plata, y a quien quiera se lo daré. ¿Tienes lo que no recibiste? Si entonces lo recibiste, ¿por

qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Ciertamente, si lo recibiste, no tenías nada, porque desnudo saliste del vientre de tu madre a este mundo, cubierto de pañales, en extrema pobreza, y ya como naciste morirás. Tienes como testigo al bienaventurado Job diciendo: desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo debo ir a la tierra. Corres a la casa del usurero, compones palabras aduladoras, y no corres a la casa de Dios, el dador gratuito? ¿Cuál es en vosotros tanta pereza, hermanos míos, que no vigiláis hacia la casa de Dios? Te digo, quienquiera que seas, campesino perezoso: te demoras en venir a la casa de Dios, y no te demoras en cultivar tu tierra? Y si desde arriba no te da lluvia, no podrás romper la tierra. Nada podrá darte de lo suyo, si no lo recibe desde arriba. Porque está escrito: Desde arriba descende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación. Como también está escrito en el Evangelio: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Por lo tanto, hermanos míos, debéis vigilar hacia la iglesia de Dios. Esto espera Dios, que solo le confieses, y no hay demoras para que seas sanado, si no es solo buscando tu confesión. Fin.